

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars y su fiel escudero Flor de Truhanes”

III – LOS BAJOS FONDOS DEL CAIRO 8 – El palacio encantado

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

سيرة الظاهر بيبرس

Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



III – Los Bajos Fondos del Cairo

8 – El palacio encantado

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2018
Número de páginas: 16
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

8 - El palacio encantado



Y el narrador prosiguió de esta manera su relato:

Poco después llegó Baibars, que encontró a Otmân aparentemente presa de un fuerte arrebato:

- ¿Adónde han ido los muchachos? –le preguntó.
- S'han largao.
- ¿Qué? ¿Se han marchado sin siquiera despedirse?
- ¿Y yo qué sé? S'han largao y con razón.

- ¡Pero dime qué es lo que ha pasado! –insistió Baibars.

- Tú no t'has enterao, amigo, pero pienso qu'han oído decir qu'el Hâŷ Naŷm El-Dîn Cascanueces estaba harto.
- ¿Qué tiene que ver en todo esto el Hâŷ Naŷm El-Dîn?
- Yo no te pueo hablar d'el asunto, eso me restuerce las tripas.
- ¡Habla, te digo!
- Te digo que no pueo hablar.
- ¡Ah, hijo de puta, ¿y qué te lo impide?!
- Seguro que si hablo tú te vas a cabrear, y si no hablo me vas a romper la crisma.
- ¡Tú vas a hablar, sí o sí!
- Vale, pos cuando el Hâŷ Naŷm El-Dîn Cascanueces ha dicho: “¡Cuando das la mano, hay quien se toma el brazo entero! ¡No, ¿pero es que ya no hay vergüenza?, por la Religión! No tiene suficiente con acomodarse en mi casa, con los mamelucos y los hijos de Haydab, que además me trae a los Búfalos; hay que reconocer que no es muy discreto que digamos. Un día, dos, tres, ofrezco hospitalidad y está bien; ¡pero una semana, un mes, un año, diez años? ¡Y por qué no

toda una vida, mientras estén aquí! ¡Y el otro que se trae aquí a Los Búfalos y los instala en el salón! ¡Bien podrían todos ellos buscar un alojamiento por ahí y despejar mi casa! ¿no?

- ¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Baibars que no daba crédito a lo que oía.

- El Hây Naîm El-Dîn Cascanueces.

- ¿Hablas en serio o bromeas?

- Cien por cien de veras, ¡por la Hassîbeh!

Baibars estaba blanco de rabia... “¡Ese viejo pellejo de visir!” —pensaba-. “¡No podía encontrar mejor confidente que este imbécil!”.

- Bueno, no importa —le dijo a Otmân-. Después de todo, tiene razón; no cabe duda que los seres humanos son bastante groseros.

Baibars estaba tan fuera de sí que no se podía quedar quieto. Para calmarse un poco, salió del palacio y se fue a visitar al cadi Yahya, con el que se quedó hasta la hora de la oración del mediodía; luego volvió al palacio y fue directamente a encerrarse en su habitación.

Mientras tanto, Naîm El-Dîn regresó de la reunión del Consejo. Estaba acostumbrado a que Baibars viniera a recibirlle en ese momento para pasar la velada juntos en el iwân, junto a la fuente, hasta las tres de la madrugada, hora en la que el visir se retiraba al harem. Todo esto viene a confirmar que Baibars era su íntimo amigo y confidente.

Ese día, Naîm El-Dîn preguntó a sus mamelucos:

- ¿Ha vuelto ya Baibars?

- Sí señor.

- ¿Dónde está?

- En su cuarto.

- Pues qué esperáis, id a buscarle.

Un mameluco subió a la habitación de Baibars y le dijo:

- Señor Baibars, Naîm El-Dîn dice que vayas a reunirte con él.

- Ve tú delante, yo voy enseguida —respondió, pero sin moverse de su sitio.

Un poco más tarde, Naŷm El-Dîn, cansado de esperar, le envió a un segundo mameluco, con el mismo resultado. Entonces él mismo comenzó a llamarle a voz en grito:

- ¡Eh, emir Baibars!

A la tercera llamada, Baibars se dignó contestar.

- ¡Pero ven ya! –le gritó el visir.

Baibars descendió sin prisas y se instaló en la parte más baja del *iwân*.

- Pero ¿qué haces? siéntate aquí, a mi lado –le dijo Naŷm El-Dîn.

Baibars se levantó como desganado y fue a sentarse en el lugar que le indicaban. Naŷm El-Dîn le saludó; Baibars le devolvió el saludo con la mayor frialdad; el otro comenzó a hablar, mientras que Baibars se limitaba a responderle con monosílabos, como se suele decir: “una onza por un quintal”.

- ¿Pero que te pasa hoy a ti? –acabó preguntándole el visir-. Pareces preocupado...

- Yo sólo me preocupo por tu salud¹ –respondió Baibars en tono glacial.

- No, de verdad, en serio, me estás inquietando. ¡Por Dios, ya sabes que yo te quiero más que a mi propio hijo! Sólo dime lo que te ha pasado; me está dando muchísima pena verte así, tan triste.

- ¡Eh!, ¿acaso no tengo buenas razones para estar así?

- ¿Pero de qué razones me hablas?

- Padre mío, ¿cómo has podido confiar tu secreto a Otmân, un muchacho descerebrado, sin haberme dicho nada a mí? ¿Hasta ese punto somos extraños? Si me lo hubieras dicho directamente a mí, y habrías estado en todo tu pleno derecho, yo me habría puesto a buscar una casa de inmediato...

- ¡Pero vamos a ver, qué me andas echando en cara! –respondió enfadado Naŷm El-Dîn.

- ¡Cómo señor! ¿es que no le has dicho tú a Otmân...?

Y Baibars le contó todo el asunto; Naŷm El-Dîn, indignado, juró solemnemente que no estaba al tanto de nada.

- ¿Acaso tú no le has dicho: “Les das la mano y se toman el brazo”? –preguntó Baibars.

- Hazle venir aquí; veremos si se atreve a decir eso en presencia mía.

¹ Es una forma cortés de decir: “Déjame en paz”.

- ¡Bora, Otmân! –gritó Baibars.

- ¡No voy a ir, no voy a ir!

- Ya basta, ¡ven aquí!

- ¡No pienso ir!

- ¡Como no vengas, voy yo a buscarte!

Otmân acabó por decidirse a reunirse con ellos.

- Repite un poco lo que yo te he dicho –le ordenó Naým El-Dîn, en tono severo.

- Puess... tú m'has dicho una cosa y yo t'he dicho otra, vaya qu'eso ha quedao entre nosotros.

- ¿Y qué te he dicho yo?

- Anda pues, ¿no m'has dicho tú “Se os da un deo y os quedáis con toa la mano”? ¿No m'has dicho “No sus da vergüenza por vuestra riputación, ir y buscaros una casa pa vosotros”?

Naým El-Dîn estaba completamente fuera de sí; juró por todos los juramentos más terribles que jamás había dicho algo así. Se hallaba horriblemente avergonzado; nunca es agradable escuchar mentiras que se le atribuyan a uno; sobre todo cuando se es un hombre ya entrado en años y respetable...

- ¡Pedazo de imbécil! ¿cuándo te he dicho yo eso?

- Mientras dormía, amigo, mientras yo dormía –respondió Otmân apaciblemente.

- ¿Cómo que mientras dormías?

- Pues claro, yo t'he visto en mis sueños, y mientras dormía tú me decías to eso¹.

- ¿Has oído eso, hijo mío? –dijo entonces Naým El-Dîn a Baibars-. Francamente, ¿es que tú me crees tan desvergonzado como para decir algo así? ¡Por la gloria de Dios, tú puedes quedarte aquí hasta el fin de los tiempos, nunca diría nada; ¿cómo crees que eso me iba a molestar? Mi casa está abierta, y tú me eres más querido que mi propio hijo.

¹ Sin pretender hacer aquí sicoanálisis de pacotilla, señalemos que si el enfado y la vergüenza de Naým El-Dîn pueden explicarse por la situación embarazosa en que se encuentra (sobre todo en Oriente, en donde es totalmente escandaloso hacer sentir a un invitado que está de más) también puede uno preguntarse si esos sentimientos no traicionan un deseo soterrado de ver a Baibars instalado con su gente en otro lugar. Decir también que Otmân –que en su calidad de Hombre de Dios, sabe percibir las intenciones y los deseos ocultos de los hombres –habría captado de algún modo los de Naým El-Dîn, antes de que éste mismo fuera consciente de ello. De hecho, su iniciativa para hacer saltar por los aires esa situación, y abosrver las tensiones latentes que encerraba, por muy sangrante que fuera, será aprobada implícitamente por el rey, otro iniciado.

Los dos se reconciliaron e hicieron las paces; entonces Baibars comenzó a recriminar a Otmân.

- No le reproches nada –se interpuso Naým El-Dîn-. No ha hecho nada malo. Dios le ha enviado ese sueño, y él, con toda su inocencia, se ha puesto a contarla liándolo todo y confundiéndolo.

Después de haber cenado y pasar la velada juntos, cada cual se retiró a sus apartamentos. Al día siguiente Baibars se presentó al Consejo. Hizo una profunda reverencia ante el rey.

- ¡Oh Dios, oh, Eterno! ¡Oh Tú, maestro de todas las cosas! –dijo el rey-. Tú castigarás a los prevaricadores. Dime, Baibars, me da la impresión de que tus invitados han partido muy pronto.

- En efecto, *efendem*.

- Tenían mucha prisa... espero que no sea por asuntos de vendetta; esas cosas no están permitidas.

- *Efendem*, Otmân de nuevo ha hecho de las suyas... -y le contó toda la historia.

- ¡*Allah!*, ¡*Allah!* –exclamó el rey-. Tu bendición, sheyj Otmân. Pero, a propósito, ¿es que todavía vivís en casa de Naým El-Dîn?

- Pues, sí.

- En ese caso, Otmân no ha estado errado, muchacho. ¡No, no, eso no puede seguir así!

- ¿Cómo que eso no puede seguir así, *efendem*?

- Baibars, tienes que tener una casa propia. Tú conoces bien el mundo y sabes cuánta gente grosera hay en él. Por el Todopoderoso, no vuelvas a poner los pies en el Consejo hasta que no hayas encontrado un palacio para ti en donde puedas acoger a tus invitados.

- Escucho y obedezco –dijo Baibars inclinándose profundamente.

Volvió al palacio de Naým El-Dîn¹ en donde pasó la noche. Al día siguiente, hizo sus abluciones, rezó, concuyó con las invocaciones y desayunó; hecho esto, llamó a Otmân y le ordenó que fuera a buscar al jefe de los corredores de fincas. Otmân se marchó y poco después vino con él.

- Quisiera que me buscaras un palacio –le dijo Baibars.

¹ A partir de aquí, y hasta el ataque del palacio por Harbash, seguiremos una versión diferente, auténticamente damascena; más arreglada que nuestra versión habitual, y aunque no concuerda con ella en todos los detalles, señalaremos esas divergencias a medida que se vayan produciendo.

- ¡A tus órdenes, mi príncipe; pero es que ahora mismo no hay palacios en el mercado! Los Levantinos¹ han comprado todo lo que había en venta, y todavía hay algunos que andan buscando. Pero, naturalmente, tu señoría será servida antes que los demás...

- Bueno, a la vista de esto, puedes retirarte —replicó Baibars.

Al día siguiente, un viernes, Baibars se fue a dar una vuelta por la ciudad, acompañado de Otmân. Cuando llegó la hora de la plegaria entró en la primera mezquita que encontró, pero allí sólo había siete u ocho fieles.

- ¿No se hacen aquí las oraciones? —preguntó a uno de ellos.

- Sí, sí; pero han construido hace poco una mezquita nueva, muy cerca de aquí, y la gente se ha ido allí.

- ¡Otmân! —llamó Baibars.

- ¡Allá voy, ya'stoy aquí, soldao!

- Vete a la mezquita nueva y traete a unos cuantos fieles para que recen aquí.

Otmân se fue a la otra mezquita, que encontró llena a rebosar.

- Eh, vosotros, los que rezáis —gritó—; venir tos a la vieja mezquita; el soldao Nénars está allí solo como la una, y no hay nadie con él.

Y a pesar de sus protestas, se llevó a todo el mundo a tambor batiente hasta la mezquita vieja.

El predicador subió al púlpito, hizo su sermón, y luego descendió para dirigir la oración. Pero Otmân se quedó junto a la puerta, y cuando la gente comenzaba a salir detuvo al primero.

- Dime, amigo —le preguntó—, ¿cuántas *rak'as*² has hecho?

- Las cuatro *rak'as* que se hacen los viernes, más las dos obligatorias, y otras cuatro más, que hacen un total de diez.

- Muy bien, ¡que Dios te ilumine! ¡Suelta diez mil piastras, hijo e puta, o, por el Profeta, que te reviento la sesera!

- Pero ¿por qué habría de darte eso?

- ¡Pues anda, porque son las tasas pa la plegaria!

¹ Ese término designa a la población de Próximo Oriente, que no es originaria de Egipto.

² Literalmente, genuflexión del busto; movimiento que ejecuta el fiel durante la plegaria. Cada plegaria comporta obligatoriamente un número prescrito de *rak'as*, que evidentemente el fiel puede aumentar.

- ¡Piedad, Otmân! Te juro que no llevo encima ni un céntimo.

- Vale, pues entonces dame tu manto –replicó Otmân.

Y le despojó de su manto y de su turbante. Y cuando otro hombre iba ya a salir...

- Ey, tú, amigo, ¿cuántas *rak'as* has hecho?

- He rezado las dos *rak'as* obligatorias del viernes.

- D'acuerdo, ¡pos dame veinte mil piastras!

- Piedad, Otmân, ese de ahí ha hecho diez *rak'as* y le has pedido diez mil piastras, y a mí, que sólo he hecho dos, ¿me reclamas veinte mil?

- ¡Cómo!, ¿pero tú me quieres regatear, eh, basura? ¡Ese d'ahí s'ha postrao mucho más que tú, y s'ha cansao más!

- Escucha, Otmân, ¡es que no llevo encima ni un céntimo!

- Vale, pos vete aflojando el cinto, que no está na mal, y luego también el turbante.

Mientras tanto, los fieles que no conseguían salir, se amontonaban a la puerta. Al darse cuenta del tropel, Baïbars les preguntó:

- ¿Y por qué no salís ya?

- ¡Señor, protégenos! –respondieron-. Es que Otmân nos está reclamando una tasa sobre la plegaria; ¡se está llevando todas nuestras cosas!

- ¡*Allah bela versin*¹! –exclamó Baïbars-. ¡*Bora* Otmân!

- ¡Aquí'stoy, aquí'stoy, soldao! –le respondió Otmân.

- ¿Qué andas haciendo? ¿Pero quieres dejar salir tranquilamente y de una vez a todo el mundo?

- ¡No te metas con mis cometíos, soldao! Estoy ricaudando l'impuesto pa la oración.

Ante esas palabras, Baïbars se echó a reir.

¹ Recordemos que esto en árabe-turco significa “¡que Dios te maldiga!”. La manera de hablar de Baïbars, en esta versión damascena de la saga, está mucho más próxima a la de los mamelucos; mientras que en la versión principal (la de Alepo) se hace uso de esa forma de habla, sólo cuando la usa la clase política dominante para tratar de afirmar su poder.

- ¡Anda, déjales en paz! ¿Es que tú te crees que los que no hacen la plegaria, aún siendo gratis, van a darte dinero por hacerla? Vamos, pedazo de animal, déjales salir y devuélveles sus cosas, ¡basta ya de tonterías!

Y Baïbars se esforzó en calmar a las víctimas de Otmân, intentando que comprendieran que se trataba de un muchacho algo simple y un poco perturbado. Al final todo el mundo acabó marchándose.

Y no había hecho más que salir, cuando Baïbars oyó a un corredor de fincas que iba pregonando:

- ¡Se vende una casa! ¡Con una puerta de entrada en cobre amarillo y sobredorada! ¡Con dos pasajes a la entrada, uno a la izquierda, y otro, a la derecha... -pero cuando el corredor llegó a la altura de Baïbars, se paró en seco.

- ¿Y dime, por qué no sigues con la descripción? –le preguntó Baïbars.

- Señor, ¿Cómo quieres que continúe? ¿No has visto a ese demonio que tienes ahí, detrás de ti?

Baïbars se volvió y vio a Otmân que blandía su garrote con un aire amenazador, como diciendo: “¡Eh, malnacío! ¡Más te vale que cierres esa bocaza ya!”

- ¡Bora, *Otmân!* –exclamó intrigado-. Déjale en paz y que continúe con la descripción del palacio.

- Eh, soldao, ¡ese tío es un malnacío!

- Pero ¿por qué?

- ¡Yo conozco bien ese palacio! Tié tres cuerpos el dificio, es el más bonito de to El Cairo... Solo que, soldao, ¡ese palacio está lleno embrujos, y aentro está plagao de malos espíritus! Y, amás, tié una condición pa la venta: el que lo quiera comprar, tié que pasar toa una noche n'el palacio. Y, mia tú por donde, que a tos los que lo han intentao, ¡se les encontró colgaos de una viga n'el techo! ¡Así que después de to eso, los que no habían muerto, no querían saber ná más d'ese palacio! ¡Y ese cacho malnacío queriendo camelarte pa qu'entres allí y que mañana t'encuentre yo colgao de una viga!

- Nadie muere antes del momento que Dios ha fijado –respondió Baïbars sonriendo.

Baïbars detuvo al corredor de fincas; éste llevaba en la mano un pliego de papeles con la descripción del palacio. Baïbars los cogió y fue a sentarse un poco apartado para leerlos, quedándose maravillado. El edificio constaba de tres cuerpos, encastrados el uno en el otro; el palacio interior, totalmente rodeado de árboles, se distribuía en cuatro grandes salas y cuatro *iwâns* con dependencias más pequeñas por todo el perímetro; además de numerosos apartamentos independientes. El palacio de en medio, también comprendía numerosas salas

espaciosas y apartamentos independientes. El edificio del exterior todavía incluía varios apartamentos, y nueve cuartos de invitados, que se distribuían a lo largo de la fachada, formando una especie de frontón. Todo el conjunto estaba construido en su totalidad en piedra roja. Al final de la descripción había escrito lo siguiente: “El que edificó este palacio fue el difunto Bâdîs El-Subki”. Más adelante hablaremos de este personaje.

Baibars había quedado muy seducido por lo que acababa de leer.

- *Bâba*¹ –le dijo al corredor-, ¿dónde están las llaves de ese palacio?
- Helas aquí, mi señor –le respondió, tendiéndoselas.
- Ven, Otmân –prosiguió Baibars-, guíame.
- Pero soldao, ¡te digo que allí hay malos espíritus!
- ¡Los malos espíritus no salen durante el día! ¡Escucha!, sólo se trata de echar nada más que una ojeada.
- Bueno, venga, tira palante, que yo te guío.

Llegaron a su destino hacia el mediodía. Al penetrar en el edificio se encontraron con un inmenso patio, en donde hasta diez mil caballeros habrían podido ejercitarse tranquilamente; estaba todo rodeado de cuartos, a los que se accedía desde el interior del palacio; esos cuartos no figuraban en la descripción. En medio del muro del fondo se hallaba una gran puerta de cobre dorado, con una ventanilla enrejada. Baibars abrió la puerta.

- ¡Entra conmigo! –le dijo a Otmân.
- ¡No, por el Profeta, no pienso entrar; yo me quedo aquí a esperarte! –repuso.

De modo que Baibars entró solo, y visitó el edificio; se quedó tan encantado que, cuando se estaba ya poniendo el sol, aún no había acabado la visita del edificio externo. Entonces se fue a buscar a Otmân y le dijo:

- ¡Por la protección de la Dama, ese palacio es verdaderamente espléndido! ¡no hay otro igual! Ojalá y que nos lo puedan vender a plazos... Bueno, Otmân, vuelve rápido al palacio de Naým El-Dîn y tráeme una alfombrilla para las plegarias, una palmatoria, velas, y un Corán, y tráeme también algo para cenar; quiero pasar esta noche aquí.
- ¡Pero soldao, los malos espíritus van a liquidarte! ¡A ellos no les da miedo tu *albondiguilla*²! ¿sabes?

¹ En turco “padre mío”. Término familiar de interrupción.

² Así es como Otmân llama al *lett* (especie de maza de picas) de Baibars, arma a la que teme muchísimo.

- ¡El que se refugia en Dios, nada ha de temer de las criaturas! Anda, vete rápido a buscar lo que te he pedido.

- Está bien, d'acuerdo.

Poco más tarde, volvió con todas las cosas. Baibars las cogió y se instaló en la gran sala; encendió una vela; se sentó, cenó con buen apetito; luego, tras hacer la oración del ocaso, y la de entrada la noche, se puso a contemplar la sala.

- Si Dios me concediera este palacio... a fin de cuentas, esto es algo insignificante ante Sus ojos –soñaba despierto Baibars.

Y mientras Baibars andaba ocupado en estos asuntos, Otmán se llegó hasta El-Azhar y reunió a todos los ciegos¹ que se encontraban allí.

- Vamos, hermanos –les dijo-, t'os conmigo, ¡el soldao Nénars hace una vigilia de rezos p'al reposo el alma su padre!

Conociendo la generosidad de Baibars, multitud de religiosos se llegaron hasta allí; de ese modo, Otmán reunió entre sesenta y setenta ciegos, que se llevó hasta el serrallo de Bâdîs.

- Bien, sentaos ahí –les dijo cuando llegaron a su destino-, hay sitio pa vos.

- ¿Pero, Otmán, qué hacemos aquí? –preguntaron.

- ¡Un poco de paciencia, ¿no?! ¡así se os lleve la peste! Aguardar a que sus aclare el asunto.

- Bueno, entonces dinos, que nos enteremos de qué va todo esto.

- Está bien; el soldao Nénars ha entrado en el palacio. Y ese palacio, compadres míos, ¡está plagao de malos espíritus! Y de seguro que se lo van a liquidar. Así que yo, esta noche, voy a llorarle, y os he arrejuntao aquí pa que me ayudéis. ¡Ale, a llorar un poco que yo vea cómo sus apañáis!

- Pero, Otmán, supongamos que no tengamos ganas de llorar...

- Ah, atajo malnacíos, y este garrote, ¿pa qué creeis que yo lo he traído aquí conmigo?

Y arrojándose sobre ellos, les infligió una tremenda paliza; lo que dio lugar a un considerable tumulto:

- ¡Ay, mi brazo! –gritaba uno.

- ¡Ay, ay, mi espalda! –se lamentaba otro.

¹ La mezquita de El-Azhar es la más célebre del Cairo; los “ciegos” en cuestión, son religiosos subalternos, recitadores del Corán.

- ¡Uy, mi pierna! –lloriqueaba un tercero.

- Ah, ¡qué terrible noche! –repetían todos en coro.

Y todos ellos, venga a gritar y a llorar mientras Otmân les regalaba una buena rociada de golpes a cada rato.

En tanto, Baïbars vivía una extraña y maravillosa aventura que os voy a contar con todo detalle para complacer a cuantos me escuchan, y después de haber rezado por el bienamado Profeta Muhammad, que la paz y la bendición de Dios sean con él.

Así que Baïbars siguió visitando el palacio, pasando de una sala a otra, hasta las cuatro de la madrugada. Al final, estaba tan sobreexcitado que se dijo:

- ¡Voy a abrir el Corán y a recitar algunas páginas; eso me calmará!

De modo que abrió El Libro, puso el candelabro delante de él, y comenzó con sus salmodias... ¡cuando de pronto, sin mediar ruido alguno, el candelabro se elevó en el aire y fue a posarse al otro lado de la estancia! Baïbars se quedó quieto en la oscuridad, y continuó salmodiando de memoria... ¡de repente, el Libro también voló por los aires!

- ¡Vamos, hay que echarle valor! –se dijo Baïbar a sí mismo.

- ¡Oh, sultán Brâhîm¹–exclamó en voz alta-, ven a socorrer a tu hijo pequeño!

Y se puso de nuevo a salmodiar el Corán, mientras que todo en la habitación, daba vueltas en el aire a su alrededor.

Así estuvieron las cosas hasta las cinco de la madrugada. Entonces, de repente, se escuchó una voz que decía:

- ¡Nada temas, Mahmud²! ¡Soy tu ancestro Sultân Brâhîm, hijo de El-Adham! ¡Fortalece tu corazón, porque estoy detrás de ti!

Al escuchar esas palabras, Baïbars se sintió transportado a otra dimensión.

Entonces vio elevarse ante él una forma inmensa; sus pies parecían sumergirse en lo más profundo de los sótanos, y su cabeza tocaba el techo.

- ¡Allah bela versin! –gritó Mahmud.

¹ Célebre santo musulmá, cuya tumba se encuentra en Ýableh, en la costa siria. En esta saga, ese santo es el ancestro de Baïbars. Ver *Las infancias de Baibars*.

² Mahmud es el verdadero nombre de Baibars. Ver *Las infancias de Baibars*.

- ¿Es que te crees que me asustas? ¡Por la fuerza de Dios y Su poder, no te temo en absoluto! ¡Si eres un judío, yo te conjuro en nombre de Moisés, el interlocutor de Dios! ¡Si cristiano, por Jesús, el aliento de Dios! ¡Y si eres musulmán, yo te conjuro por Muhammad, el Enviado de Dios! ¡Yo te ordeno presentarte ante mí bajo forma humana! ¡Por Dios, que no tengo miedo, aunque tu cabeza llegara hasta las nubes; tú no eres más que una criatura como yo!

Entonces, se dejó oír una voz:

- Dios mío; que Tus plegarias, advocaciones y bendiciones sean sobre el Profeta¹.

Y aquella forma comenzó a empequeñecer hasta alcanzar la talla humana; el misterioso personaje se fue a buscar el candelabro y lo puso ante Baibars.

- ¡Que la paz sea contigo! –dijo.

- Y que también contigo sea la paz, con la misericordia de Dios y Sus bendiciones –respondió Baibars.

- ¿Cómo te llamas, mi señor?

- Mahmud.

- ¿Y quién es tu padre?

- Es el jan Jamak.

- ¿Y tu abuelo?

- El shah Mohammad, hijo del sheij Mahmud, hijo del Sultân Brâhîm El-Adham².

- ¡Gloria a Dios! ¡La profecía se ha cumplido y el tiempo ha llegado! Tú eres el que se profetizaba. Muéstrame tu frente.

Baibars así lo hizo, y el otro pudo ver las siete marcas de la varicela³.

- Señor –dijo entonces–; sólo te queda por pasar una prueba; si sales victorioso de ella, este palacio con todos sus muebles te pertenecerá; poseerás todos los tesoros que contiene, junto con una armadura maravillosa que solo puede vestir un hombre de sangre real, un combatiente por la Fe, un guerrero en la Senda de Dios, que dejará su huella en la historia.

- ¿Qué prueba es esa? –preguntó Baibars.

¹ Según la creencia popular, los *yâins*, espíritus elementales del fuego, se dividen en “rebeldes” y “creyentes”, según las tres confesiones monoteístas.

² Ver *Las infancias de Baibars*.

³ Esas son las señales indicadas en la profecía. Ver los dos primeros volúmenes de la saga de Baibars.

- Levanta la cabeza y mira hacia la bóveda –le ordenó el *yin*.

Baibars levantó la cabeza y vio, suspendido de la bóveda, un anillo de oro, traspasado por una lanza.

- Voy a subirte hasta allá arriba –le dijo el *yin*. Si tienes fuerza suficiente para sacar la lanza del anillo, es que tú eres el anunciado; en cuyo caso, te dejaré de nuevo en el suelo con la lanza y te contaré su historia. Pero si no eres capaz, te soltaré desde lo alto de golpe, y al caer te romperás la nuca; entonces, yo te arrojaré fuera del palacio. Muchos ya han entrado; a todos los han recogido muertos a la mañana siguiente a la puerta del palacio.

Pero Baibars sólo tenía ojos para la lanza; hecha de siete metales diferentes; era gruesa como una viga, y debía pesar unos veinticinco *ratls* de Damasco.

- De acuerdo, está bien, súbeme, ¡y hermano, prepárate para lo que vas a ver! –le dijo-. Me refugio en Dios, exaltado sea.

El otro le subió con un simple movimiento, sentado en la palma de su mano. Baibars tendió el brazo hacia la lanza, la empuñó fuertemente con la mano derecha y, tras ponerse bajo la protección de su abuelo, el sultán Brâhîm, hijo de El-Adham, ¡sacó la lanza del anillo y comenzó a voltearla como si fueran las aspas de un molino!

- ¡Gloria a Dios! –exclamó el *yin* ante tal prodigo-. ¡Por la escritura que está en la Estela¹, mientras que tu reines, nadie más que tú podrá llevar esta lanza, y sólo tú vencerás al orgullo de los mejores guerreros de tu tiempo!

- ¡Me refugio en Dios, Exaltado sea! –dijo Baibars una vez que fue bajado hasta el suelo-. Pero tú, dime, ¿desde cuándo estás en este palacio?

- Siéntate aquí, hermano, voy a contarte mi historia.

- Habla, por favor.

¹ La *Estela bien guardada*, en la que están inscritos los destinos de las criaturas del pasado, del presente y del futuro, en otra dimensión del universo.

FIN



Próximo episodio...

9 - La historia de Bâdîs El-Subki

